NO CUÁNTOS, SINO CON QUÉ SENTIDO

Claudio Guillén

Galdós sitúa el principio de los *Episodios nacionales* en el momento histórico en que los españoles cesan de atemorizar al mundo. Poco antes de Trafalgar, hasta fines del siglo XVIII, España había sido un poder político temido y respetado, que imponía su voluntad en no pocos sitios y durante numerosos años. Poco después, en 1823 y 1824, escribe Alessandro Manzoni *I promessi sposi*, la deliciosa novela histórica cuya trama arranca de las bravuconadas de unos españoles pertenecientes al estamento de quienes gobernaban a la sazón el Milanesado, es decir, hacia 1630. Al servicio de esos señores estaban unos soldados a sueldo, denominados *bravi*, que eran capaces de todo. Esta imagen en el extranjero de los españoles, que el tópico internacional calificaba de soberbios, se remonta por lo menos al siglo XVI. En Francia las *Rodomontades espagnoles* se convirtieron en poco menos que un género literario.

También es cierto que durante esos dos siglos, poco más o menos, que llamamos el Siglo de Oro, las letras españolas disfrutaron de un prestigio excepcional, sobre todo en Francia, Inglaterra, Alemania y los Países Bajos, pero no en Italia, reacia a admirar a sus vencedores. Qué duda cabe que era un prestigio merecido, desde los tiempos de *La Celestina* hasta los de Calderón. Ahora bien, era sin duda un valor añadido el conocimiento de la lengua del país rival, o en bastantes coyunturas, del gran poder enemigo. La función del conocimiento del español era doble: digamos que intelectual y política, o artística y utilitaria, a la vez.

Pero ¿saber una lengua, o leer unas muestras de una literatura, significa conocer un país, o como se dice hoy, remedando bien que mal a los antropólogos, familiarizarse con otra «cultura»? Es ésta una cuestión compleja, que pediría una reflexión detenida y un contexto más pedante que un homenaje al Instituto Cervantes de hoy, al que me sumo muy sinceramente. Los historiadores saben que la realidad de España, la del país concreto y profundo, como la de su «cultura», fue una entelequia desconocida hasta al menos el Romanticismo europeo. Los españoles de Hugo, Byron, Musset, Mérimée o Balzac son unos seres míticos o legendarios. No se crea que Balzac se pasó todos los días de su vida escribiendo contra el reloj. Estuvo en Suiza y Alemania, conoció Viena, Riga y San Petersburgo; pero no puso los pies en España. Tampoco los puso Madame d'Aulnoy, cuyo brillante *Voyage en Espagne* (1691), que se reeditó hasta bien entrado el siglo XIX, no era sino un montaje de variopintos testimonios escritos. El primer *Voyage en Espagne* que es verídico, y además muy superior a los anteriores, es el que publica Théophile Gautier en 1840, alegremente empeñado en desmitificar unas fantasías, mostrar la falsedad de unos lugares comunes y acentuar la importancia de unas transformaciones históricas.

Ante la situación actual, radicalmente distinta, y desde el ángulo de la muy valiosa labor que realizan los centros del Instituto Cervantes, sólo quiero decir que no proyecta ninguna luz el ejercicio del nacionalismo lingüístico. En nuestro tiempo es arrolladora la tendencia a la hipérbole. Es así frecuente oír a alguno sacar el pecho señalando el número ingente y creciente de bípedos implumes que hablan el castellano. Son cada día más los millones que se expresan en él. No seré yo quien subestime la significación



Claudio Guillén. © Agencia EFE.

de esa comunidad, de esa *Gemeinschaft* familiar, auténtica y primordial. Pero creo que la cuestión es otra.

Nos interesan prioritariamente los que no pertenecen a esa comunidad y se van acercando cada día más a nuestra lengua, nuestros escritores y nuestros artistas. El problema que entonces se plantea es de naturaleza cualitativa y pragmática. La cuestión es saber qué *función*, o qué *funciones*, desempeña o podría un día desempeñar, para esos hispanohablantes periféricos, el conocimiento del castellano.

No puede estar más clara la utilidad del inglés. Es indivisible de la marcha de la ciencia y la tecnología. Si un joven biólogo español lleva a cabo experimentos importantes en un laboratorio nuevo de Villanueva del Trabuco, es obligatorio que redacte los resultados en inglés, o que lo haga un compañero suyo. De otra forma sus esfuerzos habrán sido inútiles. Pero el inglés no contribuye a su formación intelectual del modo que le correspondía hace medio siglo al francés.

Es éste el hueco que nos interesa, la función que puede llevar a cabo la lengua española, en cuanto sucesora virtual de la francesa. Está en juego la formación de la persona —su *cultura*, en la acepción básica de la palabra— mediante modalidades literarias, artísticas y filosóficas de expresión. No pueden excluirse las filosóficas, que en España no han sido durante los últimos cien años en absoluto despreciables. Decía Benedetto Croce, napolitano que conocía bien el legado de España, que «la potenza de una cultura ha il suo fulcro e insieme il suo strumento nel pensiero e nella filosofia». Pero a ésta no puede reducirse el origen de la fuerza cultural de Italia o de Francia en sus tiempos mejores. Baste quizás con desear que durante estos años próximos el trato con la lengua española enriquezca apreciablemente la sensibilidad y la inteligencia de numerosos hombres y mujeres a través del mundo. ■

Claudio Guillén es crítico, ensayista y miembro de la Real Academia. Es autor de *Entre lo uno y lo diverso* y *El sol de los desterrados*.